

La mujer como objeto fetiche: Un caso de Neurosis Obsesiva

The woman as a fetish object: A case of Obsessive Neurosis

Por Ivonne Sierra Ortiz¹

RESUMEN

La posición tomada ante el complejo de castración imprimirá su marca indeleble en la vida psíquica del sujeto, sobre todo en lo concerniente a su relación con el otro sexo, pues al acentuar el mundo de las diferencias, los intercambios con lo social llevarán siempre su huella. Separación, pérdida y castración son el resorte de la diferenciación subjetiva. De ahí que analizar las implicaciones psíquicas de ese primer enfrentamiento del niño pequeño, con la incompletud del otro, resultará imprescindible para reflexionar su condición actual. La construcción de caso de Santiago muestra a un joven preso en una actuación permanente e insoportable, que lo lleva a buscar compulsivamente, múltiples parejas sexuales, elevando a las mujeres de su vida, al estatuto de objeto fetiche. Las diferentes maneras de desmentir la castración materna generan un tormento obsesivo que se manifiesta a través de una variada sintomatología, en la que siempre se encuentra implicada la destrucción y la muerte. Por lo que convocar durante las sesiones, a la trama genealógica de Santiago, los lugares asignados, las identificaciones y la transmisión de significaciones, representó una vía que permitió abrir los márgenes de una historia que se presentaba en un inicio, como plagada de sentido. Se trataba de un intento por elaborar lo que había permanecido congelado y ajeno, tras el paso del tiempo.

Palabras clave: Psicoanálisis - Fetiche - Neurosis obsesiva - Castración

ABSTRACT

The position taken in front of the castration complex will imprint its indelible mark in the psychic life of the subject, especially in regard to his relationship with the other sex, because by accentuating the world of differences, the social exchanges will always bear their mark. Separation, loss and castration, are the support of the subjective differentiation. Therefore, analyzing the psychic implications of that first confrontation in the child, with the incompleteness of the other, will be essential to think over in his current condition. The construction of the case of Santiago exhibit a young guy, prisoner in a permanent and unbearable performance that leads him to compulsively search, multiple sexual partners, elevating the ladies in his life, to the status of fetish objects. The different ways of denying the maternal castration, generate an obsessive torment that manifests through a varied symptomatology, in which destruction and death are always involved. Thence, make present during the sessions, the genealogical weft of Santiago, the assigned places, the identifications and the transmission of significations, represented a way to open the margins of a history that was presented at the beginning, as full of meaning. It was an attempt to elaborate what had remained frozen and foreigner through the passage of time.

Keywords: Psychoanalysis - Fetish - Obsessive neurosis - Castration

¹Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. Maestra en Psicología en la línea de formación profesional de Estudios Psicoanalíticos: Teoría y Clínica. E-Mail ivonne_so@hotmail.com

Introducción

Desde escritos muy tempranos, Freud (1909/2010) apuntaba ya sobre las dificultades que representaba el análisis de las neurosis obsesivas, dado que lo particular de la exteriorización de sus resistencias, obliga al analista a echar mano de múltiples estrategias clínicas, las cuales muchas veces arriban en un entendimiento restringido del funcionamiento psíquico de dicha neurosis. La situación se complica aún más cuando en un solo caso se conjugan, como es de esperarse, distintos mecanismos psíquicos, con combinaciones que imposibilitan pensar en un abordaje similar a otros ya realizados. Lo singular obliga entonces a la construcción de un tratamiento particular y único para cada caso en cuestión.

La construcción de caso que aquí se presenta, pensada desde los desarrollos de la neurosis obsesiva, resalta la importancia del análisis de la sexualidad infantil, y cómo es gracias a esta, que los posteriores encuentros con el otro sexo llevarán siempre su marca.

Cabe señalar que, aunque las pulsiones siguen caminos que les son propios, estos no son casuales pues obedecen a una impronta constitucional psíquica en constante reconstrucción. En Santiago, la pulsión sexual, despertada prematuramente, develó sus costes psíquicos en varias esferas de su vida, sobretodo en su relación con las mujeres, en cuyo ámbito se agregó otro elemento particular, una madre que no renunciaba a su objeto de deseo, instituyéndose como una mujer sin falta, completa.

Si bien es cierto que, ante el enfrentamiento de la castración del otro, pueden tejerse diversas respuestas por parte del sujeto, hacer recurso a la instauración del fetiche, es una de ellas, dado que representa una vía para protegerse de la incompletud del otro, de la madre. Pero qué pasa cuando el objeto fetiche –en este caso las mujeres– encarna al mismo tiempo, a un objeto abyecto, disparador de la angustia, fóbico. Dos pares en apariencia opuestos, atraviesan la relación que Santiago tiene con el otro sexo, en la que constantemente se reafirma que no se trata de la búsqueda del deseo sexual o del otro en sí mismo, sino de una situación que si cambia de rumbo, linda con la destrucción y con la muerte, quedando encarado al abismo.

Asimismo, la corriente tierna y la sensual, ejes característicos de la vida amorosa, se presentan de manera particular en este caso, pues la negativa a la formación de sustitutos del primer objeto amoroso por excelencia, persiste, y genera un abismo que separa a ambas corrientes, llevando a una idealización del objeto incestuoso a costa de la degradación de los fallidos objetos sustitutos. Sin dejar de lado que la idealización nunca es si no a costa del mancillamiento del sujeto. Odio y erotismo anal en sus múltiples gradaciones encarnan la sintomatología que Santiago porta.

El tormento obsesivo de montar compulsivamente las mismas escenas, quizás represente el reto más complicado para el analista, pues el paciente no tiene intención alguna de bajar de dicha escenificación. En Santiago, frenar ese montaje representaba la muerte pues no había

tejido alguno que pudiese sostener y contener las constantes irrupciones en acto. De ahí que el abordaje clínico se erigía como un intento de construcción de otras escenas, menos angustiantes y más llenas de vida. Cuestión que no hubiese sido posible sin hacer presente, durante las sesiones, a las significaciones encapsuladas en el discurso familiar que lo precedía, y habían tenido un lugar privilegiado en su constitución psíquica.

La imposibilidad de mitigar lo insoportable

Santiago me contacta vía telefónica, solicitando una cita urgente que no puede esperar para el día siguiente, su tono de voz denota rigidez y frialdad, dejando fuera aquellos trazos de angustia que comúnmente suelen escucharse en pacientes que demandan con tal prontitud una sesión analítica. Varios episodios violentos en el terreno amoroso, han claudicado, una vez más, en un rompimiento, ahora con su actual pareja. Su celotipia deja poco margen para que sus parejas puedan tener una vida aparte, ya que todo tiene que pasar por su mirada y su aprobación; en el momento en que ellas se revelan ante ese control, él reacciona violentamente; con jaloneos, humillaciones, así como acaloradas discusiones.

En el último suceso, previo a que decidiera comenzar un análisis, en una riña con su ahora ex novia, los jaloneos llegaron a tal punto, que Santiago vio, en la mirada de ella, el miedo que le tenía a él en ese momento. Eso le reflejo una imagen de él en la que no se reconoció, temeroso de que estos episodios fuesen subiendo de nivel, decidió, por segunda vez, asistir a terapia.

Aún con este panorama, llamó mi atención que de entrada lo que él me mostró fue un esfuerzo tenaz e imperturbable por sostener una imagen de él mismo, completa, tal como si no existiera ningún esbozo de falta, un narciso impenetrable.

Siendo el menor de tres hijos, –dos varones y una mujer– tenía muchos años que vivía sólo con sus padres, pues sus hermanos ya habían comenzado a formar sus propias familias. Una posición económica holgada y un lugar de excepcionalidad por parte de los padres, le brindaban la posibilidad de cumplir todos sus caprichos actuales sin freno alguno. Y su infancia no fue la excepción, al ser el más pequeño, las normas de la casa desaparecieron completamente para él, podía hacer lo que quisiera sin ningún límite, lo cual le dio fácil acceso al alcohol, el tabaco y las drogas. “Mi papá me decía a los 12 años que, si queríamos tomar o hacer alguna fiesta, prefería que fuera aquí en la casa, para no exponernos en la calle, todos querían venir a mi casa porque podíamos hacer lo que quisiéramos.”

Su encuentro con la sexualidad también fue prematuro, a los 5 años, un joven empleado de la familia, lo frotó de nalgas contra su miembro para masturbarse, no hubo penetración. Cabe señalar que el único afecto de la escena que sucumbió al influjo de la represión, fue su sentir de sorpresa al ver, en el pene del joven, la emisión de una sustancia blanquecina en donde solo tendría que salir

orina. Algunos años más adelante, un primo mayor le enseña a masturbarse y Santiago comienza con un onanismo compulsivo que se mantendrá durante varios años y cuyo declive inicia cuando emprende sus primeras relaciones amorosas.

De la masturbación pasa a las relaciones sexuales, con múltiples parejas, varias de ellas, prostitutas. Su iniciación en este terreno está marcada también por un destiempo, pues desde el comienzo se percata de su eyaculación precoz, la cual se mantiene vigente e inalterable. A partir de su primer encuentro sexual, –el cual aparece completamente velado en su historia– comienza un desfile de mujeres por su vida, en donde lo que menos importa es el objeto amoroso en sí mismo, si no su permanencia.

El estar en pareja disminuye su ansiedad y atenúa ciertos rasgos de su exacerbado cuadro nervioso, como tomar en exceso, morderse las uñas y fumar. No obstante, en lo que respecta al terreno sexual, el estar involucrado en una relación no le impide buscar sexo casual con otras mujeres. En Santiago parece no haber coincidencia entre el objeto amado y el objeto deseado, “La novia que más he querido en mi vida, fue una chava con la que nunca tuve relaciones sexuales, porque ella no quería”. El plano sexual con sus parejas no suele ser satisfactorio ni para él ni para ellas.

Santiago comenta que desde los 15 años se ha mantenido con novia formal, no tolera estar solo, pues se descontrola y se involucra en situaciones que lo enfrentan constantemente con la muerte, asimismo, la frecuencia de los encuentros sexuales casuales se dispara como una suerte de compulsión que no puede encontrar un freno, por lo que inmediatamente es necesario taponear eso, con quien sea, con la mujer que sea, mientras que el agujero quede cubierto. Hay que destacar una característica que atraviesa todas las escenas de conquista y coito casual; la presencia de alcohol, él tiene que estar ebrio para poder aproximarse a una mujer, el acto sexual que sigue a ello, también se rige por esta peculiaridad, no puede ocurrir de otra manera, tal como si hubiese algo en el otro sexo, –en relación a lo femenino– que no se tolerará y por ello, fuese necesario estar intoxicado.

En lo que respecta a la relación con sus padres, es muy apegado a su madre, habla constantemente con ella de lo que le acontece, por el contrario, con su padre es más distante, reservado, Santiago refiere que en casa su madre es la que impone las reglas, a las que el padre se somete sin objeción alguna.

En un par de sesiones, se refiere a su abuelo paterno con cierto aire de orgullo, aunque no lo conoció, Santiago comenta que se parece a él, tanto físicamente como en el carácter. Lo describe como un hombre inteligente, impulsivo, con varias mujeres. Una vida de desenfreno y enfrentamiento constante ante situaciones de peligro, llevaron a su abuelo a perder toda su fortuna a una edad aún temprana. Al cumplir los 42 años, reunió a todos sus hijos alrededor de su cama, entre ellos, al padre de Santiago, y se despidió de todos, para más entrada la noche, suicidarse. A partir de su muerte hay vida para la abuela, una mujer que había vivido anulada y humillada bajo la

sombra de su esposo, Santiago se vuelve muy apegado a ella, hasta su muerte.

Tras el curso de las sesiones, su discurso parece ser una mostración ante mí, –una mujer más en su vida– de su hombría. Santiago se encuentra habitado por una serie de síntomas que no puede reconocer por ningún lado, no hay malestar, activación de procesos psíquicos, sueños, ocurrencias, etc. Lo que me hace preguntarme constantemente sobre el lugar que él me da en la relación transfe-rencial, así como la razón por la cual se mantiene constante en el tratamiento.

Propuesta teórica

Freud (1912/2010) comenta que, en el caso del varón, todos los objetos de amor están destinados a ser principalmente unos subrogados de la madre, lo que vuelve comprensible la formación de series. La elección de objeto brota de una fijación infantil de la ternura de ésta. No obstante, ¿qué ocurre cuando el desasimiento de la libido respecto de la madre no se ha consumado? En Santiago, el hijo preferido, parece haber un pacto entre su madre y él, aspecto que se hace evidente en su negativa de hablar, durante las sesiones, de la relación que tiene con ella. Santiago se enfrasca en describirme detalladamente las peleas con sus parejas, pero al momento de preguntarle por su madre, repliega su discurso, mostrándome que de ella no se habla, ella es intocable.

“En efecto, el psicoanálisis nos enseña [...] que lo insustituible eficaz dentro de lo inconciente a menudo se anuncia mediante el relevo sucesivo en una serie interminable, y tal, justamente, porque en cada subrogado se echa de menos la satisfacción ansiada” (Freud, 1910/2010, p. 163). Los encuentros sexuales de Santiago, marcados por la precipitación e insatisfacción, como él lo refiere, tienen como telón de fondo a esta figura incestuosa, desencadenando con ello, un enfrentamiento descarnado con la castración, ante la cual él responde desmintiéndola una y otra vez, desmentida que obliga a una escisión en el yo del sujeto.

Su actitud de Don Juan lo provee de los elementos necesarios para facilitar las constantes escenas de seducción. Respecto a ello, Lacan comenta:

Don Juan busca a la mujer, y se trata de la mujer fálica. Como la busca de verdad, como va a buscarla, como no se contenta con esperarla ni con contemplarla, no la encuentra, o sólo acaba encontrándola bajo la forma de aquel invitado siniestro que en efecto es un más allá de la mujer, inesperado, y que no en vano es efectivamente el padre (Lacan, 1957/2008, p. 422).

Por ende, cada encuentro que emprenda el sujeto por reencontrar a ese primer objeto incestuoso será fallido. No obstante, en este caso lejos de pensar en sustitutos de la madre, parecería que lo que se presenta es una negativa ante la existencia de tales suplencias. La desmentida operando como rechazo viene a romper con esa posibili-

dad de sustitución.

Si bien es cierto que ante el encuentro con el otro sexo, el niño pequeño puede reaccionar psíquicamente de varias maneras, la elección nunca es casual, pues se enmarca en un contexto y en una historia particular que le provee sentido, por lo que nos preguntamos; ¿qué factores confluyeron en este caso, para generar tal relación con la castración? Freud (1925/2011) reclama la importancia del análisis de las primeras exteriorizaciones de la constitución pulsional congénita, así como de los efectos de las impresiones vitales más tempranas, para bosquejar la fuerza pulsional de la posterior neurosis.

Sabemos que cuando el niño pequeño ve por vez primera los genitales de la niña, este hecho no le despierta gran interés, posteriormente, ya que ha adquirido fuerza la amenaza de castración, el recuerdo o renovación de este acontecimiento vendrá a desencadenar dos tipos de reacciones que determinarán su relación con la mujer: Horror frente a la criatura mutilada, o menosprecio triunfalista hacia ella (Freud, 1925/2011). En el caso que nos atañe aparecen conjugadas estas dos posiciones, tiñendo de hostilidad su relación con el otro sexo.

En Santiago, la compulsión sexual se presenta como una manera de negar la diferencia de los sexos, y con ello, la castración de la madre, elevando a las mujeres de su vida al estatuto de objeto fetiche. Recordemos que el objeto fetiche es el sustituto de un pene que tuvo gran significatividad en la primera infancia pero se perdió más tarde, ante la imposibilidad de ser resignado, la emergencia del fetiche viene a asegurar la perpetuación del falo materno. El nuevo sustituto del pene –en este caso, las mujeres– vendrá entonces a convertirse en un signo de triunfo ante la amenaza de castración (Freud, 1927/2009). De esta manera se emprende una acción enérgica que conlleva un gran gasto psíquico, pues en cada encuentro sexual, se tiene que estar negando la diferencia de los sexos para seguir sosteniendo la imagen de una madre fálica. No solo ante él, si no también ante mí, pues sesión tras sesión pasa revista de sus encuentros sexuales semanales, tal como si quisiera protegerse ante cualquier posibilidad de cuestionamiento de esa imagen que ha venido construyendo de sí mismo.

De igual manera llama la atención la actitud de Santiago frente a las mujeres, la entremezcla entre ternura y hostilidad, característica del tratamiento del fetiche, en su caso se inclina casi en su totalidad, hacia la aversión del otro sexo; dejándolo preso en el montaje de una escena que no cesa de actuar; en la que se presentan sin excluirse y de manera adyacente, un terror hacia los genitales femeninos, al mismo tiempo que un enfrentamiento permanente ante ellos.

El tema de la eyaculación precoz nos remite a pensar en una inhibición presente en el desarrollo de la libido, pues la sobreexcitación que acompaña al quehacer sexual desemboca finalmente en un fracaso del acto. En Santiago el curso de su trayectoria libidinal se encontró, intempestivamente, con una escena de abuso infantil, en un momento en que aún no existía tejido alguno que pudiese significar el hecho que acababa de ocurrir. Del acto

permanecen los restos de una mirada atónita ante la presencia de esa sustancia blanquecina, secreción que hoy en día no deja de hacerse presente, también prematuramente como en aquellos años de su vida, pero ahora en sus encuentros sexuales con otras mujeres.

Respecto a la impotencia psíquica, Freud (1912/2010, p. 174), postula lo siguiente:

En el contenido más universal de este material patógeno, se destaca la fijación incestuosa no superada a la madre y hermanas. Además, debe tenerse en cuenta la influencia de impresiones penosas accidentales que se anudan al quehacer sexual infantil, así como los factores que de una manera general reducen la libido susceptible de ser dirigida al objeto sexual femenino.

Desde esta perspectiva, la eyaculación precoz podría ser pensada como una de las tantas gradaciones de la impotencia psíquica. El rechazo abrupto ante una mínima confluencia entre la corriente sensual y la corriente tierna, ambos ejes vectores de la vida amorosa, lo que genera es una detención en la circulación del deseo, pues al mantenerse fijado al objeto incestuoso, no hay posibilidad alguna de entrar en la dialéctica de la falta, la cual pondría en movimiento la concurrencia entre ambas corrientes.

La tierna, de más antigua data, corresponde a la elección infantil primaria de objeto, es alimentada por el amor y la ternura recibida por las personas encargadas de la crianza del niño, se trata de un erotismo desviado de sus metas sexuales. Posteriormente, en la pubertad se añade la corriente sensual pero al intervenir la interdicción del incesto, se emprende una búsqueda por objetos apropiados, con los cuales si se pueda cumplir, en la vida real, la función sexual (Freud, 1912/2010, p. 176).

En este caso, resulta peculiar el extrañamiento de fantasías que antecedan al acto sexual, parece que todo el montaje fallido de las escenas de seducción, se reducen al acto crudo del coito y durante y después de esto, no hay más, las mujeres pasan a ser un número más en su lista de parejas sexuales, la cual Santiago actualiza de manera constante. Sin lugar a dudas, la ausencia de fantasías conscientes nos hace preguntarnos sobre el contenido de las fantasías inconscientes que han motivado dicho olvido. “[...] Puede ocurrir que toda la sensualidad de un joven esté ligada en lo inconciente a objetos incestuosos o, como también podemos decir, fijada a fantasías inconscientes incestuosas. El resultado es entonces una impotencia absoluta [...]” (Freud, 1912/2010, p. 176).

La fallida escisión de su vida amorosa se manifiesta con claridad en la elección de sus parejas formales, con ellas, su vida sexual tiene por fuerza que ser insatisfactoria, relacionándose con mujeres que le deniegan el acto sexual o lo limitan constantemente; a estas mujeres no las ama, únicamente vienen a servir de objetos que le permiten taponear y rodear momentáneamente el enfrentamiento ante el objeto amado por excelencia, no hay cabida para nadie más. Emprendiendo con ello, un montaje permanente que al mismo tiempo que resulta insoportable, no puede dejar de escenificarse.

Reclama de sus relaciones formales, sobretodo fidelidad absoluta, y una moral intachable, dicha exigencia imposible a sus mujeres parece encontrar su reverso en lo que la madre demanda de él. De tal manera que, aunque él pueda relacionarse con múltiples mujeres, sólo es una la que gobierna su relación con el otro sexo.

En las mujeres que van y vienen en su vida, se presenta un menosprecio instaurado que tiene como resultado una degradación del objeto. Freud (1912/2010) comenta que cuando un rasgo del objeto elegido, recuerda al objeto que debería evitarse, sobreviene a manera de defensa, una degradación psíquica del objeto sexual, reacción que tendría como resultado, un rebajamiento de angustia necesario para tolerar el mantenimiento del vínculo.

Cabe comentar que dicha degradación no acontece sin generar cuantiosos costes psíquicos, pues a la par de que se denigra una imagen se enaltece otra. La idealización recae sobre el objeto incestuoso y sus subrogados, creando así, dos listas que se excluyen mutuamente, la de las mujeres intocables, por un lado, y la de las mujeres abyectas por el otro.

Desde un inicio sobresale la manera en que Santiago maneja sus movimientos corporales, él presenta ante mí una figura en extremo rígida, con gesticulaciones controladas, un tono de voz que denota firmeza, y una mirada desafiante; la confluencia entre estos elementos, que de entrada dan una apariencia de forzados e incluso de burdos, me remite a pensar en el montaje de un personaje, en el cual, al actor en cuestión se le exige desempeñar un papel con características específicas. En este caso, se trata de una interpretación sobreactuada que tiene que ser sostenida en todas las esferas en las que él se desenvuelve. Quizás ante ello la pregunta sería; ¿a quién va dirigida dicha obra?, ¿quién es el espectador de la puesta en escena?

Asimismo, el análisis de los celos, uno de los motivos principales que lo lleva a sesión, abre otra arista para pensar el caso. Freud (1922/2010) resalta el carácter bisexual de estos estados afectivos, postula que los del tercer tipo, los delirantes, provienen de anhelos de infidelidad reprimidos, de fantasías hacia objetos del mismo sexo. Por ende, se presentan como un intento de defensa frente a una moción homosexual en extremo poderosa. En Santiago, las constantes fantasías de infidelidad que lo atormentan describen escenas de comercio sexual entre su pareja en turno y otros hombres, la idea de que en cualquier momento su novia pueda ser seducida, despierta en él una angustia que lo lleva a buscar controlar la vida de sus parejas.

Pareciera que lo que pasa desapercibido en este discurso, es que ante la idea de una traición sexual, su pareja no sería la única en entrar en contacto con esos hombres, indirectamente, él al estar con ella, se pondría también en relación con ellos, quedando así enfrentado a una pulsión homosexual, que en su historia resultaría inadmisibles. De ahí que el gran gasto psíquico por vigilar el deseo sexual de sus parejas, pueda ser leído de manera opuesta, como un intento desesperado por mantener su propio deseo sexual contenido, dentro de los márgenes de la imagen

que ha construido de sí mismo.

Una fijación a la madre con una intensidad inusualmente grande y por largo tiempo, la poca importancia del padre en su familia, una marcada hostilidad en su relación con las mujeres, sobre todo con aquellas con las que emprende comercio sexual y una celotipia que no conoce descanso, ponen sobre la mesa los elementos para pensar en la existencia de una pulsión homosexual inhibida, la fetichización que hace de las mujeres también permite sostener esta hipótesis. Respecto a la existencia del fetiche, Freud comenta lo siguiente:

Perdura como el signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella, y *le ahorra al fetichista devenir homosexual*, en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual (Freud, 1927/2009, p. 149).

La inhibición en la clínica

Si se habla de la inhibición de una pulsión homosexual, es necesario indagar en la travesía que siguen las funciones del yo, de manera que sea posible esbozar el momento de la perturbación. Freud (1926/2010) propone diferenciar entre síntomas e inhibiciones, ya que comúnmente suelen confundirse los trazos diferenciales que los instituyen como entidades separadas. Por su parte, la inhibición está relacionada con una limitación normal de la función que no implica necesariamente algún carácter patológico. Mientras que el síntoma por fuerza conlleva un proceso patógeno; de manera que puede haber casos de inhibiciones que no presenten ningún síntoma, sin dejar de lado que la inhibición también puede hacerse síntoma cuando la variación de la función ha sufrido un cambio inusual.

Nieves (2009) señala lo siguiente: “[...] La inhibición es una detención de todo movimiento con la finalidad de evitar el desarrollo de angustia, es una solución tajante y radical al problema de la angustia [...] el despliegue mismo de la estructura se detiene con la inhibición y se logra expulsar la posibilidad de angustia” (Nieves, 2009, p. 14). Es decir, la inhibición cierra la comunicación entre instancias psíquicas, no hay retorno de lo reprimido o formaciones del inconsciente, es una parálisis total cuya manifestación más extrema se traduce en casos de depresión y melancolía. El síntoma, por otro lado mantiene un intercambio constante tanto con lo inconsciente como con lo preconscious, se trata de un retoño de lo reprimido que pugna por la elaboración.

Mientras la inhibición le sucede al yo, el síntoma no puede ser descrito como un proceso que tenga lugar dentro del yo, es el resultado de un proceso represivo que abarca diferentes instancias. Si hablamos de la inhibición como una detención del movimiento, al erigirse como síntoma seguirá manteniendo un núcleo inamovible, fijo, que no se presta ni al desplazamiento ni a la condensación. Y ante ello, cómo trabajar clínicamente con inhibiciones que se presentan como impermeables a la tramita-

ción simbólica.

En Santiago, la inhibición de la pulsión homosexual difícilmente podría ser pensada como un síntoma, ya que en este punto no hay comunicación alguna entre instancias psíquicas, se trata de un aspecto que se presenta como completamente irreconocible para el sujeto, aun cuando en lo cotidiano se muestre. Esta impermeabilidad se hizo manifiesta en una sesión en particular en la que hablábamos sobre su necesidad de estar ebrio para poder aproximarse a las mujeres, yo le comenté que parecía que era únicamente a través del alcohol que se podía tolerar ese encuentro, tal y como si hubiera algo en relación al cuerpo femenino que no se pudiera sobrellevar de otra manera. En acto seguido y sin hacerse esperar, contesto de manera muy molesta “Se lo digo de una vez, no soy gay, si es eso lo que usted está pensando y hacia donde quiere llevar todo esto, sépalo desde ahora y que le quede muy claro, no soy gay”. Su enérgica molestia vino a confirmar que había algo de cierto en sus postulaciones.

El vínculo existente entre inhibición-sexualidad se expresa claramente en las inhibiciones especializadas, dado que la función yoica de un órgano se deteriora al aumentar su significación sexual, su erogenidad; de manera que si tocar el piano ha generado una gran estima sexual en los dedos de la mano, estos caerán bajo el influjo de la inhibición puesto que remiten a un acto sexual prohibido (Freud, 1926/2010). La inhibición de la pulsión sexual en Santiago, podría ser pensada como una vía para imponer un límite ante las fantasías de escenas homosexuales prohibidas.

Dialéctica fálica

Asimismo, para situar las condiciones que nos remiten a pensar en la existencia de una pulsión homosexual apremiante, es necesario analizar la manera en qué tuvo lugar el complejo de Edipo en este caso en particular. En Santiago parece hacer una confluencia entre el ser y el tener el falo. Elevar estas dos posiciones a un estatuto de igualdad, no puede ser posible sin un alto costo sintomático.

En el primer tiempo del Edipo, el niño se identifica con el deseo del deseo de la madre, lo que lo lleva a entablar una relación imaginaria con el falo. Él busca ser el objeto de ese deseo, ser el falo para satisfacer a la madre, con lo cual ella pasa a estar completa, sin falta, sin castración. En este punto nos encontramos en la etapa fálica primitiva, fundamento de posteriores perversiones (Lacan, 1958/2010a). En Santiago, la celotipia generalizada puede ser leída también desde este punto, ser todo para el otro, de manera que no quepa nada ni nadie más, en el momento en que un tercero interviene en la escena, se dispara una angustia que resulta insoportable, pues ante la renuncia y la falta, viene la destrucción y la muerte.

Pero la situación no termina ahí, da una vuelta más y se teje de otra manera; en el segundo tiempo del Edipo, la función paterna viene y priva tanto a la madre de su objeto fálico, como al niño del objeto de su deseo. Por

ende, la madre deja de ser fálica y se le abren nuevas vías al pequeño para mirar hacia otro lado y apuntalar su deseo en otros objetos. Por el contrario, si no se acepta la privación de la madre, el niño se vuelve el falo, quedando enfrentado así ante una madre omnipotente.

Siguiendo esta lógica, para tener el falo a manera de un don otorgado por el padre, –paso último que permite en el varón la salida del complejo de Edipo– es necesario antes renunciar a ser el falo, dejarse privar y desposeer del mismo, a través de la ley del padre (Lacan, 1958/2010b). En el caso que nos atañe, no hay lugar para la palabra del padre, se trata de un hombre dependiente completamente de la figura directiva de su esposa. Es así como Santiago posee y es el falo al mismo tiempo, pero de manera fallida, pues tropieza con la impotencia sexual, como si en el coito se buscará mostrar a las mujeres que él tiene pene, sin saber qué hacer con eso, pero mostrarlo, reafirmarlo. Al estar atrapado en esta fantasía fálica, en la que él es y él da, no se permite que circule la falta, la cual es la encargada de posibilitar la relación erótica con el otro.

El apego hacia la historia del abuelo paterno viene a sumar otra oleada fálica a la escena, este hombre, con el que Santiago se identifica, parece encarnar al padre originario de la horda primitiva. Una renuncia pulsional malograda le permitió, durante toda su vida gozar de la compañía de múltiples mujeres, desafiar constantemente las leyes y enfrascarse en situaciones de inminente peligro físico. La existencia de un libro que narra las distintas hazañas de su vida bien hace pensar en la presencia de una psicosis inminente.

Curiosamente ahí en donde el abuelo parece salir triunfante, queda derrotado, cuestión que se manifiesta también en Santiago. Por lo que en el análisis de esta historia podemos situar, por un lado, a un padre originario, encarnación de una superpotencia fálica y por el otro lado, a la madre fálica como la representación de la ley. Dos formas, dos posiciones distintas para desmentir la castración.

Reflexiones finales

La clínica de la neurosis obsesiva representa un desafío para el analista, pues la falla de la represión lo lleva a tratar con discursos saturados de palabras y de actos, que conjugados en rituales siguen una trayectoria que insiste con gran fuerza, por mantenerse inmutable. Y ante ello, ¿cómo trabajar clínicamente?, en Santiago la relación transferencial se mantenía en una tensión permanente, en un inicio del tratamiento, él buscaba controlar toda la escena analítica, colocándose como una espectadora pasiva que debía escuchar y sobretodo atestiguar la permanencia de su virilidad.

De ahí que la emergencia de mi voz no fue bien recibida, pase enseguida a ocupar uno de los lugares idealizados, de las poquísimas subrogadas de la mujer intachable, lo cual se volvió insoportable para él y comenzó por transgredir constantemente el espacio clínico, pues de esa manera también vulneraba la posición en la que ya me

había colocado. Dar cuenta de los procesos psíquicos presentes en ese momento, me sirvió de guía para ir tejiendo la relación con él, si bien era cierto que a mis intervenciones parecía responder con agresión, colocarme en el lugar que en un primer momento, él me otorgaba desde la transferencia, me situaría en una condición de mujer-desecho y poco podría salir de eso.

Asimismo, la pregunta acerca de qué elementos se conjugaron para que él decidiera acudir a consulta, se mantuvo constante, qué fue lo que finalmente hizo síntoma. En la primera sesión él habla de una *mirada de miedo* en sus parejas. El juego entre ver y ser visto atravesada de distintas maneras su historia. Sin embargo, esta mirada de la cual él hablaba en un primer momento, no parecía ser de reciente data, sino un resto de una mirada anterior.

Un aspecto que parece pasar desapercibido en la escena infantil de abuso sexual, es precisamente la mirada del otro gozando con su cuerpo. Esa escena es la que viene a sellar una mirada muy particular, que lo deja anclado al Otro. Pues al ser seducido como objeto, la tríada fétiche-madre-falo materno queda instaurada, de ahí que quizás poco hubiese importado si el perpetuador era hombre o mujer, dado que lo que se ponía en juego, era el lugar subjetivo en el que la escena lo colocaba, la cual venía a reforzar su condición de objeto del Otro. Por lo que admitir una supuesta homosexualidad, conllevaría reconocer todo el amor y la admiración que siente por la madre, por tanto, cuando se interpela a ese conjunto, su molestia busca negar y distanciarse de ese lugar.

Al no existir una relación dialéctica con la falta, Santiago quedaba enfrentado de manera directa con el vacío. Su relación era con el agujero, por lo que el tratamiento pugnaba por construir aquellos puentes que psíquicamente le permitieran convertir algo de ese vacío en falta. A partir del relato de sus relaciones, la estrategia clínica apuntaba por ubicar aquellos brevísimos momentos de desfallecimiento, en donde se pudiera apuntalar un esbozo de pérdida que diera apertura a otras escenas y activara mecanismos psíquicos que hasta entonces permanecían ausentes. Se trataba de un ejercicio en extremo delicado, pues la posibilidad de un desbordamiento de angustia que potenciará aún más los actos en los que se ponía en peligro, estaba siempre presente.

Hacer participe en las sesiones al entramado genealógico de su novela familiar, era un intento por sacar a Santiago del encierro de su propia historia, la cual en un inicio se presentaba como llena de sentido e impermeable a cualquier cuestionamiento, asimismo la construcción de un tejido que amortiguara las constantes actuaciones, las cuales eran sentidas como ajenas, pues no eran reflexionadas desde los pasadizos de su historia, buscaba construir aquellos puentes que permitieran ubicar el lugar de lo transmitido, a la luz de lo actual.

En este punto llamaron mi atención los elementos que se conjugaron para crear la constelación genealógica de este caso, pues lo que se antepone, era un linaje creado por él mismo, que poco prestaba atención a la estirpe biológica que por sangre le correspondía, en Santiago el padre que dominaba estaba representado por la figura del

abuelo paterno, un hombre de excepción, éste último y su madre, se ubicaban en una misma línea generacional, ignorando con ello, las implicaciones incestuosas, y yendo en contra de la ley.

Siendo así como la clínica de la genealogía en psicoanálisis, va más allá de la carne, de las ligazones biológicas que ubicarían a cada cual, en un lugar determinado, pues tiene que ver con los lugares subjetivos que cada miembro ocupa en la historia particular del sujeto en cuestión, espacios que incluso pueden ser ocupados por más de uno o por miembros de diferentes generaciones, mostrando con ello que la constelación psíquica de un sujeto, rebasa los límites de la consanguineidad.

Reflexionar acerca del lugar que le fue asignado en su familia, la transmisión subjetiva de portar el apellido del abuelo, y sobre todo, la relación con su madre, dio apertura para que Santiago pudiera reflexionar su situación actual, a la luz de otras aristas. Es así como el análisis de una historia siempre será un terreno fértil para ulteriores desarrollos, un intento por fomentar la discusión y el planteamiento de hipótesis que lleven a la emergencia de nuevas líneas que no claudiquen en una cerrazón unívoca.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1909/2010). "A propósito de un caso de neurosis obsesiva". (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 10, pp. 119-196). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910/2010). "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Contribuciones a la psicología del amor", I. (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 11, pp. 156-168). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912/2010). "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa". Contribuciones a la psicología del amor, II. (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 11, pp. 169-183). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1922/2010). "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad". (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 18, pp. 213-226). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/2011). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos". (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926/2010). "Inhibición, síntoma y angustia". (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927/2009). "Fetichismo". (Trad. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud: Obras completas* (Vol. 21, pp. 141-152). Buenos Aires: Amorrortu.
- Nieves, S. (2009). *Inhibición, síntoma, angustia. Hacia una clínica nodal de las neurosis*. Buenos Aires: Del bucle.
- Lacan, J. (1957/2008). "De Juan el fétiche al Leonardo del espejo" (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *La relación de objeto* (Vol. 4, pp. 415-440). Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1958/2010a). "Los tres tiempos del Edipo" (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *Las formaciones del inconsciente* (Vol. 5, pp. 185-202). Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1958/2010b). "Los tres tiempos del Edipo (II)" (E. Berenguer Trad.). En J. Miller (Ed.), *Las formaciones del inconsciente* (Vol. 5, pp. 203-220). Argentina: Paidós.